

Su culpa decisión

Andrés Colorado Vélez

Sociólogo U.deA., Especialista en Métodos de Investigación, CLACSO, autor de *Cuánticos*, *Fallidos Editores* (2019), *El Juego de los Afligidos*, Fondo Editorial IUE (2021). Ciclista urbano y de carretera desde hace 20 años. Afín al café amargo y al vino con cigarro, andrescoloradovelez@gmail.com

A Marcela Blanco, que me cuenta historias para seguir despierto.

Sonó el celular. “Mónica”, leí en la pantalla y, antes de intentar contestar, confirmé la hora en el portátil: “6:30 p. m.”. Entreví que contestar me arrojaría a una pausa larga, a una de las historias de licor, sexo y mentiras de Mónica, y decidí devolverle la llamada cuando hubiera concluido la primera parte del informe en el que desde las 2:00 p. m. venía trabajando.

Acerté. A las 8:00 p. m. la llamé y me retuvo en el teléfono más de una hora, hablándome esta vez de un tal Quique y un tal Ramiro. Tomando vino, inhalando los restos de un gramo de perico y fumando, como me dijo que estaba cuando le pregunté a qué se dedicaba. Me contó que desde el domingo pasado se sentía rara. “Pero ¿cómo rara?”, le pregunté. “He tomado decisiones que muy bien sabía me provocarían nervios y desazón, y en esas estoy”, dijo, y alcancé a escuchar un par de inhalaciones y, tras una breve pausa, la garganta carraspear para abrirle camino a la numismagia de Mónica.

El domingo pasado, a mediodía —me soltó el monólogo—, decidí irme para el centro, a la tienda de Mosco, a ver el partido entre Colombia y Paraguay. No sé por qué, pero apenas salí del apartamento y vi en la calle la soledad asoleada del domingo, me antojé de un pase de perico. Y eso que nunca hago, lo hice. En vez de llamar a Rayo para que me llevara un gramo a algún lugar, decidí dar una vuelta por el parque Pinocho y probar suerte. Parqueé la moto al lado del teléfono público y caminé el parque en diagonal, en dirección a los juegos infantiles. Y cuando iba por la cancha de baloncesto me crucé con un tipo de unos 40 años, que a lo lejos brillaba bajo la estampa de pillo y ladrón: 1,70 m, flaco, camiseta del Real Madrid, gorra de los Yankees de NY, trigueño, cejas pobladas y nariz respingada.

—Hey, yo a vos te conozco. Yo me he trabado con vos—, me dijo, cuando lo tuve a un metro de distancia.

—Oigan a este. Yo no fumo marihuana—, le respondí. Paré el caminado y agregué: —¿Esa estrategia te funciona con todas o qué?—. Cinematográfica se me hizo la mirada de maldad y muerte con la que me miró de pies a cabeza antes de decirme, ya sonriendo, que nada, que todo bien.

Sin vacilar le dije entonces que necesitaba un gramo de perico. Que nada, que no había, pero que él sabía ahí cerca donde conseguir. Y entonces juntos, uno al lado del otro, decidí y cometí dos errores: le dije que me llevara adonde hubiera que ir y que él manejara la moto. Ni me pidió ni le ofrecí ponerse el casco de repuesto y, a los 10 minutos, llegamos a la 65 y me tocó ver cómo los tipos que atendían a esa hora la plaza se nos acercaron y lo saludaron muy serios y lo trataron de “señor”. Sé que la situación así contada te parecerá un montaje..., pero vivida también. Y para rematar la escena de film, después de recibir los dos gramos, les dejó dicho que cuando yo me apareciera por ahí, me atendieran bien; que miraran mi moto para que me reconocieran.

Con él al mando de mi Kymco 110 regresamos al parque Pinocho.

Entre la ida y la vuelta a la plaza, me enteré de que Ramiro —así me dijo que se llamaba, dizque Ramiro, pero a mí me pareció un alias—, tenía 34 años, una hija de 8 años y hacía once meses había salido de la cárcel; donde había pasado tres años por robo. Y que en otra época había metido mucho perico, pero ahora estaba juicioso: trabajando por raticos. Cuando se bajó de la moto se despidió mirándome a los ojos y le echó un piropo al rubio

de mi pelo y a mis cejas negras, pobladas. Le di mi número de celular porque no me pareció mala idea tener la alternativa de otro perico, además de Rayo, tan cerca de mi apartamento.

No habían pasado, lo juro, ni cinco minutos en mi camino a la tienda de Mosco, cuando sentí el celular vibrar y vi en la pantalla “Ramiro Rayo”. Orillé la moto y le contesté.

Era él y quería saber dónde estaba y con quién iba a ver el partido Colombia-Paraguay. Y, entonces, antes del cuarto y el quinto, cometí el tercer error: me devolví al parque Pinocho, compramos un litro de aguardiente y cigarrillos en la ventanita de la 45b y nos fuimos para mi apartamento a ver el partido.

No hubo besos ni sexo, por fortuna (¿digo ahora?, ¿me dije antes?). Como el sultán Shahriar me entretuve con las mil historias de malandros, robos y asesinatos de Ramiro. Tal vez por eso, y porque eran las cuatro de la mañana, cometí el cuarto error: le dije que se quedara a dormir, pero que tenía que irse antes del mediodía por Quique, mi novio, regresaba de Pereira por la tarde. Y me creyó. Igual, en parte, era verdad: Quique no es mi novio, sino mi exnovio, que después del romántico reencuentro que tuvimos hace dos meses en el mar de Capurganá, vuelve a la ciudad, únicamente a visitarme a mí.

Me costó un poco, pero al final logré que Ramiro se fuera antes del mediodía. Entre chistes y un reguero de historias donde la lealtad se cobra con la muerte, Ramiro tuvo tiempo de bañarse, hacer desayuno para los dos y lavar los platos sucios. Eran casi las seis de la tarde cuando Quique me llamó, borracho y llorando, y me dijo que no venía. Que qué dolor y qué pena tan grande. Que su mamá (muerta hace 20 años), que su papá (muerto hace 25 años). Una hora, en silencio y bostezando, lo escuché, por última vez. Antes de colgar, le dejé claro, con ejemplos, como a él le gusta, que esta vez era yo la que no quería nada más con él. Colgué y, antes de que pasaran cinco minutos, cometí el quinto error: llamé a Ramiro.

—Yo, acá en la oficina, en el parque Pinocho... Pero vení, ¿vos no estás pues con tu novio?, me preguntó.

—Estaba..., traé guaro y perico que acá te espero—, respondí y corté sin darle tiempo para dudar.

Nos duró muy poco la media de guaro y el gramo de perico —a la mitad— con que llegó Ramiro. Por eso le presté mi moto y le di plata para que fuera a la plaza mientras yo hacía un par de llamadas. A las 9:10 p.m. lo vi salir del apartamento (le mostré el reloj del celular y le insistí que no se fuera a demorar más de 20 minutos). A las 9:15 p. m. del otro día, me llamó desde la portería del edificio. Que tenía mucho afán, que el vigilante quedaba con las llaves y que la moto estaba en el parqueadero, lavada y *full* de gasolina. Y colgó.

La moto lleva cinco días parqueada. Me da miedo usarla porque pienso que en cualquier esquina puede aparecer algún enemigo o víctima de Ramiro con deseos de venganza y me mate a mí por matarlo a él. O que la Policía me pare porque en la moto se cometió algún delito; y la matrícula está a nombre mío. He pensado vender o empeñar mi Kymco 110, pero lo primero que va a hacer el comprador de una moto de segunda mano es investigar si tiene deudas económicas o judiciales pendientes. ¿Por qué no contesta el teléfono? ¿Qué pudo haber hecho Ramiro en mi moto?, me pregunto y me pregunto. No te estoy llamando, claro, para venderte la moto; no voy a ganar nada transfiriéndote mis problemas. Lo que sí deseo; lo que preciso en este momento, es un préstamo: 200 o 300 mil pesos para sobrevivir unos días y...

Dejé de escucharla. No porque la llamada se hubiera cortado: Mónica continuaba hablando al otro lado de la línea mientras yo activaba el “modo avión” de mis oídos. La dejé hablar hasta que me pareció escuchar que su llanto se alistaba en el camarín de la garganta para salir a escena. Cortando su monólogo de mentiras, dije: “Está bien, hija. Ya te los consigno”, y colgamos. 📞

